

Mostrar la paz? Reflexiones sobre una estética de lo pacífico*

Wolfgang Sützl

1. Introducción

Es frecuente, entre los que trabajan por la paz, la lamentación que la paz “no se ve”, o que “no se nota” porque, de algún modo, “desaparece” en la normalidad. El conflicto prevenido y la guerra no estallada – los éxitos de nuestros esfuerzos pacíficos sociales y políticos - no son noticia. Evidentemente, las cosas que *no pasan* no llegan al oído del público y no entran en los libros de historia. Esta dificultad de representar la paz es un auténtico problema para la legitimación de las políticas por la paz y hace que políticamente la violencia sigue ocupando, a pesar del proyecto histórico de la civilización, su lugar tradicional de “última razón”.

En nuestras sociedades de la comunicación generalizada,¹ este problema de legitimación y apoyo social para la política no-violenta es todavía más grave que en otras épocas, ya que en ellas se puede hablar de una cuasi-coincidencia entre la noticia y el evento, no sólo en el sentido temporal, sino también en el sentido de una coincidencia entre la realidad objetiva y la realidad ficticia. En las sociedades de comunicación generalizada las noticias ya no se pueden considerar como una representación de algo que pasa en un mundo “real” que existe más allá de las noticias; antes bien, las propias noticias (las películas, el *infotainment*) constituyen “la realidad”. Esta realidad es realidad en cuanto imagen, es decir, en cuanto representable. Lo que queda de “la realidad” a la que se dedican nuestros esfuerzos políticos son los imágenes, y es fácil observar que los imágenes que saturan la mente de los hombres y mujeres modernos suelen ser imágenes de violencia, de guerra, de catástrofes. Pero, ¿quiere esto decir que en el mundo no hay otra cosa? Nuestra experiencia como miembros de sociedades modernas da prueba del contrario. El problema no es la “ausencia” de la paz, sino la dificultad de representarla, de “hacerla noticia”.

La ausencia de violencia no es noticia. Sólo aquello que *pasa* es noticia, y la paz “es” o “no es” (y entonces es la violencia que pasa y que domina la historiografía), pero la paz como tal no pasa nunca. Así, al menos, podríamos resumir la concepción corriente de lo que es la paz. Pero es más: esta concepción supone hasta una exclusión mutua entre lo que pasa – los acontecimientos – y lo que es. La paz se suele comprender como más allá de los acontecimientos, ya sea como fin de la actividad en el sentido del *telos*, o como bendición divina que acaba con el sufrimiento humano. En ambas concepciones la paz aparece como un estado de descanso, de tranquilidad, de inactividad, como aquel lugar distante donde las cosas ya no pasan, porque han pasado. Este estado es imposible de representar.

Sin embargo, cuando esta dificultad de representar la paz es el problema que supone en las sociedades de comunicación, donde la realidad de la política es la realidad efímera de los medios de comunicación, las perspectivas de la paz dependen cada vez más de la estética, y los estudios de la paz tanto como la política se ven obligados a abrirse a esta dimensión.

* publicado en: Vicente J. Benet / Vicente Sánchez-Biosca (eds.): Decir, Contar, Pensar la Guerra. Generalitat Valenciana, 2001, 177-192.

En este artículo, en vez de repetir la cuestión de cómo podemos “representar la paz” de una forma más adecuada y fructífera, más allá de los símbolos de inocencia y descanso que pueblan nuestra imaginación de la paz, quisiera proponer la tesis que el problema de representación no es una cuestión del método adecuado, sino que tiene que ver con nuestra tradición de comprender la paz en términos metafísicos como algo estable y permanente, algo que *per definitionem* no puede (y no debe) “pasar”. Este carácter metafísico de la paz lo encontramos tanto en la paz negativa – la paz como aquello que no se puede pensar sin la guerra a la que sigue - como en la paz positiva – la paz como el producto final de una política pacífica, progresista, tradición que abarca los movimientos revolucionarios desde la ilustración tanto como las actuales visiones de una sociedad civil global.

Para poder abordar el problema de la estética de la paz en las sociedades de la comunicación generalizada, las sociedades tecnificadas modernas – hace falta desarrollar una comprensión postmetafísica de la paz. Intentaremos esbozar los rasgos de la misma en el contexto de una ontología del debilitamiento como la propone Gianni Vattimo.²

2. Metafísica y violencia: la guerra como fundamento último

La intención de pensar la paz postmetafísicamente no ha sido, en primer lugar, una consideración estética, sino fruto de la relación histórica entre el pensamiento metafísico y la violencia. La metafísica con su necesidad de certeza y de seguridad, y su intención de asegurar fundamentos últimos más allá de los cuales no es posible ir, ha sido un “intento de adueñarse por la fuerza de los terrenos más fértiles”, como observó Nietzsche en *Humano, demasiado humano*.³ Nietzsche habla de un afán de seguridad que se manifiesta en la búsqueda de razones últimas de la metafísica. Concluye Vattimo que “en la práctica, toda la metafísica como necesidad de referencia a nociones últimas, más allá de las cuales no es posible ir, y que explican, justifican, en resumen, hacen que el sujeto domine la situación, se remite a esta originaria búsqueda de seguridad.”⁴ Sin embargo, el proceso de remitir las cosas a principios supone una reducción de la diversidad, supone precisamente el “desbrozar de los bosques”, o, en el lenguaje de Vattimo, la “reducción a lo mismo”.⁵ Como consecuencia existe, en la tradición de la metafísica, un conflicto inevitable entre los derechos de lo individual, de lo próximo, de lo diferente, y el conocimiento de los principios entendido y practicado como aquel control que hace posible la seguridad.

En la época moderna, esta reducción empieza a dominar la práctica y llega a su cumplimiento en el proyecto global de la ciencia y la técnica en que el mundo está sometido a una razón calculadora y creadora. En la modernidad, el control total, la seguridad completa, asumen una posibilidad concreta en la técnica. La visión de un mundo completamente bajo el control del sujeto parece hacerse realidad.

Sin embargo, Nietzsche advierte que el “desbrozar de los bosques” - la reducción a lo mismo – “supera las fuerzas del individuo”,⁶ lo que podemos comprender, en la actualidad de nuestras sociedades tecnificadas como la discrepancia permanente entre las promesas de la técnica y los propósitos que deseamos cumplir mediante la técnica. La técnica está, por decirlo así, siempre un paso por detrás de la seguridad total. Tanto la técnica como los problemas que intenta solucionar se encuentran en un movimiento espiral, en el que la propia técnica, al “solucionar” algunos problemas, crea otros, los cuales provocan una nueva onda de innovación técnica. El resultado de este movimiento es la aceleración a la que hoy en día estamos sometidos a medida creciente.

Aquella discrepancia entre la promesa de la técnica – y esto es, de la metafísica cumplida – y las posibilidades de la técnica es lo que Heidegger llama el “peligro”, refiriéndose a aquel residuo de inseguridad inevitable y cada vez más difícil de controlar que acompaña nuestros esfuerzos de alcanzar más seguridad. De hecho, el siglo XX abunda en ejemplos de peligros técnicos – empezando con los accidentes de tráfico que pasan cada día, hasta los grandes desastres como el uso de la bomba nuclear, el genocidio industrializado, y las posibilidades inquietantes de la ingeniería genética.⁷

Ahora bien, al intentar pensar la paz de un modo postmetafísico, se ve que muchas de las características de la metafísica se encuentran no sólo en la técnica moderna, sino también en la guerra. Existe un nexo entre la metafísica, la guerra, y la técnica que hay que tener presente a la hora de intentar a pensar la paz más allá de las determinaciones metafísicas. Hablando una vez más con Nietzsche, podemos observar que la guerra, tanto como la metafísica y la técnica moderna (como forma más avanzada de la metafísica), “desbrozan bosques” y crean un “desierto”, como Nietzsche advirtió el Zarathustra (“El desierto crece”). La guerra, tanto como la metafísica, es un intento de asumir control “por la fuerza”, de asegurar realidades incontrovertibles y los espacios vacíos que quedan después de haber sido desbrozado el bosque, y que permiten la transparencia casi total. Además, al dividir los adversarios en vencedores y perdedores, la guerra crea “claridad”, y elimina la ambivalencia. Al terminar un conflicto bélicamente, termina también la negociación, la “conversación” que se nutre precisamente de la ambivalencia, de la diferencia. A partir de aquí, una vez que las cosas están “claras” y el espacio histórico vacío, es posible la construcción – el progreso. Tal vez llega así a su cumplimiento la frase famosa de Heráclito, “La guerra es el padre de todas las cosas, el rey de todas las cosas”.

De este modo, la guerra define un fundamento último, un fundamento que acalla, que no permite decir nada más, porque en la guerra “hablan los armas”. Y no hay lenguajes más claro que el lenguaje de los armas. Por esto, para poder usar armas, tenemos que aprender a hablar un lenguaje sin ambigüedades y redundancias, y en el ámbito militar, el lenguaje cultural se reduce a lo “más esencial” de la información – el lenguaje militar no se presta para la conversación (en la que es necesaria la ambivalencia) sino sólo a la instrucción. Lo mismo se puede decir del lenguaje técnico que se usa en los manuales de la instrucción. De este modo, el lenguaje militar y el lenguaje técnico, con su necesidad de eliminar toda ambivalencia (y facilitar así una correspondencia total entre el remitente y el recipiente de un mensaje) representan el borde del lenguaje cultural, más allá del cual solo hay el lenguaje de la violencia, de la fuerza, de las armas.

Visto de esta manera, el decir que la guerra es la “última razón” adquiere el significado de “fundamento último”. Calderón de la Barca, en *En esta vida todo es verdad y todo mentira* habla de “polvo y plomo” como la “última razón de reyes”. Efectivamente, no es posible discutir sobre hechos marciales, la palabra no frena la bala. Pero hay otro aspecto aquí que ayuda a comprender la conexión entre metafísica y violencia. Cuando la guerra es la “última razón”, entonces el horizonte de la metafísica, como búsqueda de fundamentos últimos, aparece como la propia violencia: la metafísica se mueve hacia la violencia. En la época moderna, en cuyo inicio Calderón escribió su obra, este movimiento se manifestó cada vez más en la técnica. Lo de la *Ultima ratio regum* se encontraba escrito en los cañones de los ejércitos de los siglos XVIII y XIX; y hoy en día gran parte de las innovaciones técnicas tiene su origen en el ámbito militar, o tiene al menos un uso militar.⁸

La paz debe ser pensada postmetafísicamente para poder ser una paz “pacífica”. Una paz pensada de este modo no puede ser la paz estable, pura, eterna, y “final” de la metafísica.

Volviendo brevemente a Heidegger y su noción del *Ge-stell* podemos concretizar como la paz pensada postmetafísicamente es una paz que “es” sólo en cuanto “pasa”.

2.1 La paz “débil”

Según Heidegger, este peligro que acompaña los avances en el mundo técnico – en el *Ge-stell* (la “im-posición”) – es una manifestación de la imposibilidad de cualquier totalidad (lo que Nietzsche llamó la “muerte de Dios”). Este peligro – aquello que en el lenguaje de Nietzsche “supera las fuerzas del individuo” – es, en el pensamiento de Heidegger, algo que nos obliga a buscar caminos de superación de la metafísica. El *Ge-stell* no nos deja en paz, nos provoca. La existencia en un mundo acelerado no es cómoda, pero llena de peligros. Lo que sucede en el mundo de la técnica es que realizamos que la búsqueda de seguridad, inspirada metafísicamente y llevado al cabo en la técnica, siempre va acompañada de inseguridad, de nuevos peligros que por esto no se pueden controlar ni superar mejorando la técnica, sino que son un llamamiento a buscar una nueva relación con la técnica y con la metafísica. Lo que sucede en el *Ge-stell* es, por tanto, un debilitamiento de las determinaciones metafísicas del hombre y del ser. El pensamiento metafísico y la técnica ya no pueden negar ni controlar el peligro. Esto nos provoca a relajar nuestros intentos de buscar fundamentos últimos, si bien en la actualidad de nuestras sociedades seguimos con los intentos de reducir los riesgos de la técnica mejorando la técnica.

Lo que ocurre en el *Ge-stell* heideggeriano, cuando las determinaciones metafísicas del hombre se relajan cada vez más, es que el ser como tal ya no puede ser pensada metafísicamente como estable y eterno, sino que debe ser pensado como *Ereignis*, o acontecimiento. Según Vattimo, “en el mundo técnico el ser como fundamento desaparece, todo es ‘posición’, cada fundamento es a su vez fundado (...) en la manipulación universal, que implica al hombre no sólo como sujeto, sino también como objeto, se anuncia el *Ereignis*, el ser se libera (a partir) de la impronta del *Grund*.”⁹ Vattimo ha destacado que la superación de la metafísica no puede ser una superación dialéctica que definiría un nuevo fundamento, una nueva “metafísica”, sino sólo una superación “impropia” que no aspira a la totalidad.¹⁰ Para el pensamiento de la paz, esto significa que no debemos pensar la paz como algo fuera de la técnica o como contrapuesta a ella, como tampoco la podemos considerar como algo que se alcanza mediante la técnica, ya que en ambas concepciones recaeríamos a la necesidad de definir un nuevo fundamento.

Ahora bien, si seguimos esta línea de pensamiento de Nietzsche, Heidegger, y Vattimo, y coincidimos que el ser ya no puede ser considerada como un fundamento ya no podemos pensar la paz como algo que “es”, sino que tenemos que pensar la paz como algo que “acontece”, porque una paz pensada como fundamento sólo puede ser una paz “violenta”, es decir, una paz que exige “la reducción a lo mismo”. Resumiendo, y en vista de nuestra tarea de reflexionar sobre una estética de lo pacífico – el problema de la “imposibilidad” de mostrar la paz – subrayamos algunas características de una concepción postmetafísica de la paz:

- Una paz pensada más allá de la metafísicas debe ser considerada como algo *eventual*, lo que quiere decir que el “ser” de la paz debe ser pensado como “acontecimiento”. Aquello no quiere decir que la paz acontece por sí sólo, como tampoco se puede considerar como un simple y calculable resultado del trabajo de organización, ya que la dicotomía entre “activo” y “pasivo” pertenece al ámbito de la metafísica.

- Una paz pensada de esta manera no puede ser pensada como seguridad, sino más bien como la habilidad de vivir con la inseguridad pacíficamente, es decir, sin tener que luchar contra toda inseguridad.

- Una paz postmetafísica ya no es el asunto serio y pesado representado de modo ejemplar en los rituales militares y gubernamentales alrededor de la paz, sino una paz que invita al juego y la ironía, y que encuentra sus sitios tanto en el arte como en la técnica, y que nos obliga a atravesar la frontera entre la técnica y el arte

- Como una paz postmetafísica no tiene porque buscar un lugar protegido de la aceleración donde puede “ser”, no exige un programa humanista de reapropiación; una paz postmetafísica comprende la técnica no sólo como cumplimiento, sino también como debilitamiento de la metafísica y encuentra sus lugares también en la el mundo acelerado de la técnica.

- Con el debilitamiento de la metafísica, ya no podemos hablar de “una” paz única y universal, sino que tenemos que abrirnos a una pluralización de la paz.

- Por este mismo motivo, parece indicado hablar, dentro del ámbito de la estética, de “lo pacífico” en vez de “la paz”.

3. Estética de lo pacífico

3.1 La paz como origen y destino

El debilitamiento de la metafísica que ocurre en el mundo técnico y después de Nietzsche ha sido descrito por Vattimo en términos de secularización. En lo que sigue vamos a retomar este hilo conductor de Vattimo y considerar las estéticas que corresponden a las visiones metafísicas y postmetafísicas de lo pacífico. Las distintas etapas históricas del pensamiento acerca de la paz tienen cada uno su correspondencia en el mundo de la estética, hasta que, como intentaremos mostrar, lo estético y el “contenido” entran en juego en la oscilación.

Quizás una de las estéticas más difundidas en las culturas occidentales es la que corresponde a la paz como el origen y el destino de la humanidad. Esta representación la encontramos en la noción del “paraíso perdido” del que procedemos y en la idea del “reino de Dios” al que debemos volver. Ambos imágenes suelen ser asociados con lo divino, aquello que no se encuentra en el alcance humano y que depende de la misericordia de Dios y la perfección moral de los hombres.

Frecuentemente, el paraíso perdido lo encontramos representado como un jardín que no ha sido tocado por los hombres y en que los hombres viven en un estado de inocencia. La representación de la paz como inocencia la encontramos también en los símbolos “clásicos” de la paz, como la paloma de la paz, cuyo color blanco y conducta pacífica – su inocencia - la separa de los símbolos del poder mundano, como el león o el ávila. La paz como inocencia se encuentra también en las representaciones de la paz que usan imágenes del mundo infantil – todos conocemos los dibujos infantiles, los rostros de los niños que no aún no son capaces de pecar, que aún se encuentran con un pie en el estado original y perfecto del hombre en el jardín edén. En el niño este estado original del hombre se encarna, con lo que al hombre expulsado del paraíso se le da una oportunidad de volver al paraíso, de entrar en el reino de Dios. La misericordia de Dios permite la vuelta del hombre a su inocencia, el despliegue de la esencia divina del hombre: como todos los hombres, Jesús nace como niño, y es en el niño

que se encuentran las características que permiten la vuelta al paraíso (“... si no os volviereis y os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.” S. Mateo, 18:3)

Con Vattimo, podemos considerar la idea de la encarnación divina como el inicio de aquella secularización que es la historia de la metafísica. La encarnación divina es el principio de la larga vuelta a nuestro estado original, y este estado original es la paz divina, la paz eterna, la paz en que al final todos descansamos.

Estos imágenes de la paz que expresan una nostalgia a una originalidad perdida y la ansiedad a un estado perfecto y eterno más allá de este mundo de pecados ya suelen causar, al menos fuera del mundo religioso, una sensación de embarazo. La paloma blanca, el rostro infantil inocente, el jardín virgen – la naturaleza en un estado de perfecto orden y armonía - y otras representaciones de inocencia y de perfección extramundano, parecen, en este mundo de imágenes de sexo y violencia, como algo cursi y antiguado. Con sus alusiones a la eternidad y la originalidad aparecen como raros residuos de un mundo “superado”. Esta estética de la paz con inspiraciones religiosas es una estética metafísica en el sentido que aspira a un estado más allá de la temporalidad y de los acontecimientos mundanos, a un estado de finalidad y de descanso, y aparece, en el mundo del *video clip* y del *Internet* como *Kitsch* (cursi, embarazoso). Una estética de lo sublime que contrasta los valores eternos a lo efímero y lo “sucio” de este mundo lleno de imágenes de sexo, violencia y desastres es poco atractivo precisamente porque parece “fuera del mundo”; es una exhortación de virtud a la que nadie escucha.

No es de extrañar, entonces, que una estética de la paz concebida de este modo desaparezca en la normalidad, que una paz que debe encontrar su sitio en el mundo moderno no puede ser “representado” mediante un registro estético metafísico de inspiración religiosa.

3.2 La paz como lucha y construcción

Con la llegada de la época moderna la concepción y las imágenes religiosas de la paz empiezan a secularizarse. La paz ya no se concibe como la vuelta al paraíso, posible sólo a través de la superación del pecado en la misericordia divina. Empieza la lenta “muerte” de Dios, y empieza una época en que los hombres asumen control sobre su destino en la revolución científica y luego en la ilustración. La paz empieza a considerarse como algo que se puede realizar en este mundo; como objeto de la actividad humana, y se puede hacer realidad mediante el progreso político, económico y científico.

La estética que corresponde a esta fase de la secularización se podría denominar como la “estética de la lucha”, y más tarde, cuando el progreso social y técnico se acercan el uno al otro, como “estética de la construcción”. Con la revolución francesa empieza la lucha política que intenta, en vez de simplemente liberarse del poder, implementar ideales seculares. Esta lucha por la “buena causa” es el arquetipo de la revolución que, en esta perspectiva, tiene que pasar para que el mundo pueda ser mejor, para que haya justicia y libertad.

Por otra parte, la paz concebida como construcción encuentra su representación en los proyectos modernos de la civilización, del desarrollo, y de la educación. En el caso de la civilización la paz se encuentra representada como racionalización, control social de los impulsos, más tarde el uso civilizado de la técnica. El proyecto del desarrollo no es otra cosa que la continuación lineal de las premisas del proyecto civilizador; y cuando la civilización se

comprende como reapropiación de la inocencia, del estado original de la humanidad, el desarrollo es la reconstrucción de la plenitud del jardín edén.

La estética de la lucha – desde el famoso cuadro de Jeanne d’Arc hasta los imágenes de los comandantes de la guerrilla latinoamericana – se junta con la estética del progreso técnico que empieza a dominar las utopías sociales occidentales en el siglo XIX. Quizás ha sido el Marxismo-Leninismo que, como ningún otro proyecto social, sabía aprovechar la afinidad estructural entre la lucha y la construcción para unirlos en su programa de mejoramiento global. El progreso, dijo Lenin, no es otra cosa que Consejos soviéticos más la electrificación de todo el país. Aparece el trabajador como héroe de la paz, y los líderes del partido como los que señalan el camino hacia la victoria sobre el capitalismo.

Una estética parecida se encuentra en los movimientos populares por la paz. En los imágenes de las luchas por la “buena causa” no escasean las alusiones al heroísmo pacífico y a la inocencia que poseen aquellos que se dedican a ella, y que debería ser el estado normal entre los hombres y mujeres, entre los pueblos del mundo.

Es difícil no ver que aquellas concepciones de la paz y sus respectivas estéticas en la actualidad ya aparecen como restos de unos tiempos en que las cosas eran todavía “claras” y la lucha para una buena causa posible y hasta obligatoria. Al contrario, en las sociedades occidentales del fin del milenio, reina la ambivalencia y la aceleración, y el deseo de volver a un estado anterior de claridad no es sólo absurdo sino también peligroso, ya que, como hemos notado, la eliminación de la ambivalencia - “la reducción a lo mismo” según Vattimo – y la violencia son inseparables.

Si bien la estética de la paz como lucha y como construcción corresponde a una secularización de la paz “religiosa”, permanece todavía dentro del horizonte de la paz pensada como metafísica. Tanto la lucha como la construcción son “medios” con los que se intenta llegar al “fin” que es la paz. Tras la lucha victoriosa, tras la construcción social progresiva, tras la superación de las dificultades, se extiende el llano que es la paz – o, hablando con Vattimo, el “ser” metafísico, aquel “ser” que es responsable para que la paz “sea” en vez de que pase.

Tanto en la estética religiosa como en las estéticas secularizadas de la paz, la paz es pensado como un estado que hay que alcanzar, o sea, como algo que no es presente pero a que se puede llegar – en el caso de la estética religiosa, mediante la perfección moral y la misericordia de Dios, en el caso de la modernidad, mediante el progreso. La paz sigue identificado como un fundamento que se puede apropiarse, del que se puede tener un conocimiento total. Sin embargo, cuando pensamos la paz como un ser futuro no puede ser presente, o, mejor dicho: cuando pensamos la paz como algo que “es” la podemos pensar sólo como algo que pertenece al futuro, y que por esto no “es” porque no es todavía.

Este aplazamiento necesario e indefinido de la paz corre el peligro de reducir el presente a un taller del futuro y pierde la capacidad de valorar el momento, y, en términos generales, lo próximo, aquello que nos es dado. El pensamiento calculador de la metafísica, que en la ciencia y la técnica alcanza su forma más desarrollada, no conoce la piedad y mira lo dado y lo próximo como existencias (*Bestand* en Heidegger). De tal manera, la paz pensada como fundamento último, como un estado de perfección que, bajo las premisas de la modernidad, es posible y necesario alcanzar, requiere la violencia como “última razón”. Si concluimos que dentro de la herencia de la metafísica la paz no puede ni en el presente podemos concluir también, con Heidegger, que en el mundo de la modernidad tardía el único sentido que tiene hablar del ser es considerarlo como algo que se da sustrayéndose.

Si consideramos la paz pensada metafísicamente como inseparable de la violencia, lo pacífico que podemos pensar más allá de las estructuras metafísicas nos llevará a una concepción estética de lo pacífico muy distinta de las estéticas habituales y embarazosas de la paz. Consideraremos ahora cuales son las implicaciones de la superación de la metafísica para una estética de lo pacífico, siguiendo una vez más a Vattimo.

3. Lo pacífico y el juego

En su ensayo *Muerte o crepúsculo del arte* Vattimo se dedica al destino del arte y de la estética en la sociedad de comunicación en que la estética metafísica, pensada como correspondencia entre lo interior y lo exterior, como experiencia de satisfacción, da lugar a una estetización a bajo nivel, una trivialización hecho posible por la reproducción técnica, tema del famoso trabajo de Walter Benjamin.¹¹ Después de Benjamin, la estética ya no se puede pensar como un dominio exclusivo del arte; antes bien, se puede hablar de una salida de la estética de sus recintos habituales, y de una estetización a bajo nivel de todos los ámbitos de la existencia moderna. Consecuentemente, el arte contemporáneo, para poder ser más que una mera repetición de las formas clásicas, se ve obligado a entregarse a la masificación y la tecnificación, lo que significa que en vez de poder retirarse a la seguridad de los templos de las bellas artes, tiene que buscarse nuevos lugares que cambian según el desarrollo de la técnica. Por esto, ya no hay lugar definido y seguro para la experiencia estética en las sociedades de comunicación generalizada; los lugares clásicos han tenido que abandonar su posición privilegiada, mientras el arte contemporáneo ha explorado los extremos de la estética en formas de autodestrucción, ironización y autonegación.¹²

Para una estética postmetafísica de lo pacífico esto significa que hay que abandonar la búsqueda para una forma estética adecuada en un recinto protegido de la tecnificación y la aceleración y la inestabilidad que vienen con ella. Una estética de lo pacífico debe despedirse, por tanto, de las estéticas tradicionales de inocencia, integridad, de lucha heroica o construcción racional y superar su miedo ante la inseguridad e incalculabilidad característica de las sociedades modernas. La estética de lo pacífico debe considerarse como parte de este proceso de estetización generalizada al que nos hemos referido.

Para poder concretizar el significado de esta condición de la estética para una estética de lo pacífico, y poder volver a nuestra cuestión principal del problema de la representación de la paz, se ofrece una profundización en el concepto de “desorientación” que según Vattimo es típico en la experiencia estética en la época de la metafísica cumplida. La desorientación es el aspecto que reúne, en la interpretación de Vattimo, las teorías estéticas de Benjamin y Heidegger. En ambos casos, “la experiencia estética se muestra como una experiencia de ‘extrañamiento’ que exige un labor de recomposición y readaptación (...) Este labor no se propone alcanzar un estado final de recomposición acabada; la experiencia estética, al contrario, *se orienta a mantener vivo el desarraigo.*”¹³

Con esto, nos alejamos de la estética que aspira a la seguridad y nos abrimos a una experiencia estética como “oscilación”, como cambio continuo entre identificación y extrañamiento. Es evidente que una estética concebida de este modo es una estética incómoda, ya que no nos permite ninguna identificación definitiva, ningún descanso – como aquel descanso que parece dominar la estética pesada de la paz. Esta incomodidad se puede comprender como un aspecto de la “provocación” que la técnica moderna es para el hombre, pero no hay razón porque tal provocación, tal ambigüedad de la experiencia estética se ha de

experimentar enteramente como bajo signos puramente negativos. En vez de esto, proponemos considerar la ligereza de la estética postmetafísica, y su carácter de oscilación como “juego”.

El sentido que podemos dar al “juego” es un sentido que se ha distanciado del juego como algo puramente infantil, inocente e inútil. Podemos comprender el juego como oscilación, también como ironización, y finalmente como aquello que se sustrae al control del pensamiento calculador, aquello que “siempre queda”, aquello que siempre impide la totalidad, la definición completa, como el “juego” en el manejo de un coche. Es el juego en este sentido secularizado que es responsable que “desbrozar bosques” supere las “fuerzas del individuo”, como hemos dicho con Nietzsche.

Una estética de lo pacífico, por tanto, debe asumir los aspectos lúdicos, es decir, abrirse al “extrañamiento” para poder contraponer la identificación y la seriedad que dominan en las estéticas clásicas de la paz. Estas estéticas intentan a “representar” la paz tanto como la política intenta a “apropiarse” de la paz, a “asegurar” y “definir” la paz. La paz pensada como seguridad tiene su correspondiente estética de una paz como un estado fuera del mundo, un estado, por tanto, que nunca se da en presencia excepto como resultado de la guerra, como “victoria”. En lugar de esto, los conceptos de oscilación y de juego permiten una comprensión de la paz más allá de la seguridad y de la finalidad, lo que estéticamente se manifiesta en una apertura al arte contemporáneo y permite un replanteamiento de los registros simbólicos.

Junto con el juego viene, a nivel social, la fiesta, y no será pura coincidencia que históricamente la fiesta y los juegos han aparecido juntos. Ambos contienen un riquísimo repertorio de símbolos que son pacíficos en este sentido postmetafísico – cabe llamar a la atención que los “juegos olímpicos” fueron concebidos inicialmente con la idea de celebrar la paz, o que las fiestas que existen en todas las culturas – que acompañan muchas veces a los juegos – son una exposición y celebración de símbolos pacíficos, que podrían ser comprendido y disfrutado como tales, y no pensamos sólo en las fiestas y los juegos tradicionales, sino también en los aspectos lúdicos y festivos que se ofrecen dentro de la técnica moderna, sobre todo dentro del ámbito de los nuevos medios.

Entonces el problema que la paz no se ve, que no se puede representar ya no es ningún problema, o es un problema sólo en una sociedad donde domina una comprensión pesada y metafísica del significado de la paz. Entonces ya está más claro porque la violencia, que se puede representar bien, está muy presente entre nosotros. Lo pacífico no lo puede “ser” en el mismo sentido que la violencia, porque no puede proporcionar un nuevo “fundamento”. Entonces la imposibilidad de representar la paz se puede considerar también como una oportunidad pacífica: una vez que entendemos que la paz solo puede pasar, quizás las guerras ya no tienen por qué pasar porque las podemos dejar ser.

¹ Gianni Vattimo considera la sociedad de la comunicación generalizada como concepto clave para su comprensión de “lo postmoderno”. Véase VATTIMO, G, *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós 1994, pp. 73 ss.

² VATTIMO, G, y ALDO ROVATTI, P (eds.), *El pensamiento débil*. Madrid: Cátedra 1995

³ Citado en VATTIMO, Gianni, *El sujeto y la máscara. Nietzsche y el problema de la liberación*. 2ª ed., Barcelona: Península 1989, p.106

⁴ *ibid.*, p. 105

⁵ VATTIMO, G, Metafísica, violencia, secularización. En: VATTIMO, G (comp.), *La secularización de la filosofía*. Barcelona: Gedisa 1994, pp. 63-88.

⁶ Véase nota 3.

⁷ En Heidegger, el sentido de peligro (*Gefahr*) no se reduce a los peligros técnicos, sino se refiere principalmente la transformación del hombre en *Bestand* (existencias) y a la ceguera que se produce cuando la técnica es la forma principal de relacionarse con un mundo que, en su vez, es cada vez más técnico. Véase HEIDEGGER, M, *Die Frage nach der Technik*. 8ª ed., Pfullingen: Neske 1991, pp. 25 ss.

⁸ Véase mi artículo Problemas conceptuales y metodológicos en las tecnologías de doble uso (civil y militar, en: RODRÍGUEZ ALCÁZAR, J, *et al* (eds.) *Ciencia, tecnología y sociedad: contribuciones para una cultura de la paz*. Granada: Editorial Universidad de Granada 1997

⁹ VATTIMO, Gianni, *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*. 3ª ed., Barcelona: Península 1986, p. 160.

¹⁰ Para denominar este modo de superación, Vattimo utiliza el concepto heideggeriano de *Verwindung*, palabra alemana que, además de superación, tiene los sentidos de aceptación, curación, y distorsión. Una discusión detallada se encuentra en VATTIMO; G, *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa 1997, pp. 151 ss.

¹¹ En *El fin de la modernidad*, *op.cit.*, pp. 49-59

¹² Como por ejemplo en la forma del "silencio" en Becket, la negativa a cumplir con cualquier tipo de expectación por parte de los espectadores, el juego con los límites tradicionales entre autores, espectadores y actores en el teatro, el juego con la repetición en Andy Warhol y otros, etc.

¹³ *La sociedad transparente*, *op.cit.*, p. 142. La cursiva es de Vattimo.